

de salir del calabozo, á que vea la luz, y bien pronto podrá soportar los más brillantes rayos del sol. Para humanizar á los hombres, es preciso familiarizarles con influencias que humanizan. Para hacer de los hombres buenos ciudadanos, debe serles permitido el ejercicio y las funciones de un ciudadano. Antes que un hombre pueda nadar, debe primero haber entrado en el agua; antes que un hombre pueda montar á caballo, debe primero haberse ejercitado, y antes que pueda ser un ciudadano inteligente, debe primero haber sido admitido á los deberes de la ciudadanía.

## CAPÍTULO XII

## El heroísmo en la misiones.

La paciencia es la práctica de los santos, la prueba de su fortaleza; hace de cada uno de ellos su propio salvador y el vencedor de todo lo que puedan producir la tiranía ó la fortuna. — MILTON 1.

Aun tenemos esperanza de que en un mundo de mayores amplitudes, será completado y no destruido, todo aquello que aquí haya sido principiado con firmeza. — A. H. CLOUGH 2.

Pero á través de toda la vida veo una aflicción donde los hijos de Dios entregan su último aliento; no hay ganancia más que con la pérdida, no hay vida sino con la muerte, no hay visión sino con la fe, ni gloria sino sufriendo la vergüenza, ni justicia sino con el vituperio; y que la Eterna pasión dijo: « Sed ajenos á la gloria, al derecho, y al nombre — OLRIG GRANGE 3.

Refiérese del duque de Wellington que cuando cierto capellán le preguntó si creía que valiera la pena de predicar el Evangelio á los indos, dijo el hombre de la disciplina: « ¿ Cuáles

1. Patience is the exercise  
Of saints, the trial of their fortitude;  
Making them each his own deliverer,  
And victor over all  
That tyranny or fortune can inflict. — MILTON.
2. For still we hope  
That in a world of larger scope,  
What here is faithfully begun  
Will be completed, not undone. — A. H. CLOUGH.
3. But al through life I see a cross  
Where sons of God yield up their breath:  
There is no gain except by loss,  
There is no life except by death,  
There is no vision but by faith,  
Nor glory but by bearing shame,  
Nor justice but by taking blame;  
And that Eternal Passion saith,  
Be emptied of glory and right and name. — OLRIG GRANGE.

son vuestras órdenes de marcha? » « Id por todo el mundo, y predicad el Evangelio á toda criatura humana, » contestó el capellán. « Entonces, cumplid vuestras órdenes, » dió el Duque; « obedecer es vuestro único deber ».

Aunque es un deber desagradable, impopular y peligroso, ha habido hombres en toda época que han seguido las instrucciones del Salvador. Cristo predicó á los judíos y á los gentiles. san Pablo fué el primer apóstol misionero. Fundó iglesias en el Oriente, en Corinto, en Efeso, en Tesalónica, y en otras partes, y dejó sus huesos en Roma, adonde había ido para predicar el Evangelio.

La carrera de un misionero es la más sumisa y más heroica de todas. Lleva su vida en la mano. Desafía el peligro y la muerte. Vive entre los salvajes, algunas veces entre los caníbales. El dinero no podría comprar la abnegación con que sale al encuentro del peligro y de la miseria. Sólo le sostiene la misión de misericordia de que está encargado. Los que se llaman « pensadores avanzados » nada tienen que ofrecernos que se parezca á la tarea voluntariamente impuesta á sí mismos por los misioneros en nuestro país y en el extranjero. La mera negación nada demuestra. Puede echar abajo; pero no puede construir. Puede conmover los pilares de nuestra fe y no dejar cosa alguna á que acogernos, nada para santificar, para elevar, ó para fortalecer nuestras naturalezas.

Pero la naturaleza humana salvaje es « perversa ». « ¿Cómo pueden ser perversos para con nosotros, dijo el obispo Selwyn, aquellos que han sido enseñados por Dios á no llamar común ó desaseado á ningún hombre? Yo no me riño con las frases corrientes « pobres paganos, y « perciebientes salvajes ». Mucho más infelices y mucho más prontos á perecer pueden ser aquellos hombres de países cristianos que han recibido tanto y pueden dar cuenta de tan poco. Los más pobres de todos, podemos ser nosotros mismos, que como administradores y ministros de un Dios de bondad, somos tan poco fieles en nuestra administración. Ir entre los paganos como igual y hermano es mucho más provechoso que exponer esa manera artificiosa de

rectitud propia, que se entra arrastrando en la obra misionera, emparentada con el agradecimiento á Dios, porque no somos como otros hombres. »

¡Cuánto no debemos á san Agustín, el primer misionero en Inglaterra, por nuestra libertad, nuestra integridad, nuestro saber, y hasta por nuestras empresas misioneras! Á fines del siglo sexto, Agustín ó *Austin*, fué consagrado por el papa Gregorio, y titulado de antemano obispo de Inglaterra. Empezó su misión, y, después de haber pasado por Francia, desembarcó en Thanet, acompañado de cierto número de monjes. Fué recibido por Etelberto, rey de Kent, en Canterbury. El rey se había casado con una mujer cristiana, y, debido en parte á su influencia, se hizo bautizar, siendo admitido después en la Iglesia. Los trabajos misioneros de Agustín se extendieron por todo el país, hasta que á su muerte, acaecida en 503, reconoció la mayor parte de Inglaterra á la sede de Roma.

Pero el norte de Inglaterra continuó siendo pagano. Edwin, jefe del país situado al norte de Humber, contrajo esponsales con una princesa cristiana, la hermana de Ebdal, rey de Kent. La novia se dirigió al norte, acompañada por un sacerdote de origen romano, llamado Paulino. Después de algunos años se hizo Edwin cristiano, aunque los Ancianos y los Barones siguieron siendo paganos. Fué llamada á estudiar las nuevas doctrinas una asamblea de los Wittenagemotes. Edwin expuso ante la asamblea las razones que había tenido para cambiar de creencias, y dirigiéndose á cada uno sucesivamente, les preguntó qué era lo que pensaban sobre ese punto. El hecho es referido por Bede en su *Historia*, y es sumamente conmovedor.

El primero que contestó fué el jefe de los sacerdotes. Declaró que los antiguos dioses Thor, Odin, y Freia<sup>1</sup>, no tenían poder, y no quería seguir adorándolos. El jefe de los guerreros se levantó entonces y habló en estos términos:

« Recordaréis, ¡oh, rey! una cosa que suele acontecer en los

1. De aquí el origen de *Thursday*, *Wednesday*, y *Friday*, (martes, miércoles y viernes.)

días de invierno, cuando estáis sentado á la mesa con vuestros Ancianos y Barones, cuando arde un buen fuego, cuando está abrigada vuestra sala pero afuera llueve, cae nieve y hay tormenta. Llega entonces un pajarillo y vuela como una flecha á través de la sala, penetrando por una puerta y saliendo por otra. El breve momento de esa entrada y salida le es grato, porque entonces no siente ni la lluvia ni el huracán. Pero ese instante es corto; el avecilla ha pasado en un abrir y cerrar de ojos, y del invierno pasa otra vez al invierno. Tal me parece la vida del hombre en esta tierra; tal su momentánea carrera comparada con el largo tiempo que la precede y la sigue después. Esa eternidad es oscura y sin consuelo para nosotros, atormentándonos con la imposibilidad de comprenderla. Así pues, si esta nueva doctrina nos puede enseñar algo cierto, es conveniente que la adoptemos.»

El discurso del anciano guerrero resolvió la cuestión. Fué puesta á votación, y la asamblea renunció solemnemente á la adoración de sus antiguos dioses. Pero cuando propuso Paulino, el misionero, que destruyesen las imágenes de sus dioses, no hubo entre ellos uno solo que se sintiese suficientemente firme en sus convicciones para acometer los peligros de una profanación semejante. Pero el sacerdote mayor montó á caballo, y ceñido con una espada, y cimbrando una lanza, galopó hacia el templo, y á la vista de todo el pueblo, golpeó las paredes y las imágenes con su lanza, y finalmente las destruyó. Erigióse después un edificio de madera, en el cual fueron bautizados Edwin y gran parte de su comitiva. Paulino viajó en seguida por los países de Deiria y Bernicia, bautizando en las aguas del Swala y del Ure á todos aquellos que estaban dispuestos á obedecer el decreto de la Asamblea de los Ancianos.

En el siglo séptimo fué derramada la luz del cristianismo por las descarriadas regiones de Europa con la ayuda de los misioneros Andomar Amand, y Columba, en la Galia; Paulin, Wilfredo, y Guthberto, en Inglaterra; y Kilcan, Rudperto, y luego Bonifacio, en Alemania. Cuando desembarcó Bonifacio en Bretaña, iba con el Evangelio en una mano y la regla de car-

pintero en la otra. Tenía en sí el verdadero espíritu del trabajo. Cuando fué después á Alemania, llevó consigo el arte de edificar.

En 826 fué Anschar con un compañero á los confines del reino de Dinamarca, donde, inspirado por su éxito, fundó seminarios para futuros misioneros. Algunos evangelizadores fueron á Hungría y á Polonia en el siglo décimo, donde se establecieron en la diócesis de Cracovia. Luchaban contra las mayores dificultades: á pesar de ser grandes los obstáculos que estaban obligados á vencer. Sin tener temor alguno á la muerte se consagraron al socorro de aquellos que habían sido atacados por la peste. Además de cristianar, reunían dinero para rescatar cautivos del imperio otomano. ¿Quién podría resistir á semejante empresa misionera llena de amor?

En los siglos décimo y undécimo había misioneros de obreos y arquitectos, todos unidos á la Iglesia. Éstos fueron los que construyeron las espléndidas catedrales de este y otros países. Pusieron el alma en el trabajo que hacían; pusieron religión en su obra. Su arquitectura tenía vida, y verdad, y amor y alegría en sí. Era armonía esculpida. Cuán diferente del trabajo de obras de hoy en día, en que los edificios modernos se desmoronan en cascajo, mientras que las antiguas catedrales están en toda su magnificencia, siendo una delicia para todos los que las contemplan.

Se dice que China tuvo misioneros nestorianos ya por el séptimo siglo, y misioneros franceses allá por el siglo duodécimo. Recientemente, en 1807, fueron enviados allá misioneros protestantes. Asia y África están apenas guarnecidos por una línea de piquetes de misioneros. Principia á alborear en Africa la época heroica de las misiones. ¡Pero cuánto país queda aun por conquistar!

San Francisco Javier, el apóstol de las Indias, es una lección para todos. Fué en 1542 á Goa en un buque portugués, para predicar el Evangelio á los que estaban extraviados. Era hombre de noble alcurnia, y pudo haber vivido una vida de placeres y de lujo, como tantos otros. Pero abandonó todo, y pre-

firió vivir una existencia de sacrificio, de abnegación, y de beneficencia. Haciendo sonar su campanilla en Goa imploraba al pueblo que le enviase sus niños para instruirlos. De allí se fué al Cabo Comorin, á Travancore, á Malaca, al Japón. Trató de penetrar en China, pero no pudo conseguirlo; y al fin murió de la fiebre en la Isla Sanchean, donde recibió su corona de martirio.

Tampoco podemos olvidar á Las Casas, quien de igual modo, fué el apóstol de las Indias Occidentales. « En una época, dice sir Arturo Helps, en que para todo se recurría universalmente á la fuerza bruta, pero en particular para lo que pertenecía á la religión, sostuvo ante las Juntas y los Consejos Reales que las empresas misioneras debían ser independientes de todo apoyo militar; que un misionero debía ir con la vida en la mano, confiando únicamente en la protección que Dios quisiese acordarle, y no dependiendo ni de la ayuda civil, como tampoco de la militar. En verdad, hasta hoy en día podrían servir sus obras, como el mejor y más notable manual para los misioneros.»

Las Casas acompañó á su padre en una expedición á las Indias Occidentales, á las órdenes de Colón, en 1498. Entonces vió por primera vez á América. Regresó á España, é hizo un segundo viaje á la Española. Allí fué ordenado como sacerdote. En el cumplimiento de su ministerio se le vió elocuente, ingenioso, veraz, valiente, desinteresado y piadoso. Iba de un lugar á otro con los españoles, y se esforzaba en captarse la confianza de los indios. Evitó muchos desórdenes y mucha crueldad; porque los españoles eran mucho más salvajes que los indios<sup>1</sup>. Después de ser testigo de varias matanzas, resolvió Las Casas regresar á España é interceder por esos infelices. Obtuvo una entrevista con el rey Fernando, y le refirió los agravios y los sufrimientos de los indios, y cómo morían sin conocer la religión. Pero Fernando era por esta época un hombre anciano y estaba enfermo, su muerte se hallaba próxima, y nada resultó de su representación.

1. (i...l)

Poco después murió Fernando, y entonces se esforzó Las Casas en interesar al cardenal Jiménez, el regente, en los sufrimientos y miserias de los indios. Prometió el cardenal que los males serían extirpados. Nombró á tres padres jerónimos para acompañar á Las Casas á las Indias Occidentales.

Á su llegada á Santo Domingo adoptaron los padres el partido del gobernador y de los jueces, por lo cual regresó Las Casas otra vez á España para apelar contra ellos; pero cuando llegó se encontró con que el Cardenal se estaba muriendo. El rey (Carlos V), tenía diez y seis años nada más, y los asuntos de España eran dirigidos por su Canciller. Cuando Las Casas había conseguido atraerse al Canciller, lo mismo que al Cardenal, murió este hombre; y así es que parecía que la muerte se interponía siempre entre el misionero y sus propósitos. El obispo de Burgos volvió á ganar su ascendiente, y Las Casas « fué á dar á los abismos », según sus mismas palabras. Sin embargo, fueron llamados los padres jerónimos. Pero el misionero ya no pudo conseguir ninguna ayuda, y se volvió á las Indias como antes. Trató de fundar una colonia en Cumaná, donde se atrajo la amistad de los indios, y se esforzó en salvarlos de la crueldad de los españoles. Pero siempre le ponían obstáculos, y tuvo que suspenderse su intento de colonización. No tenía una sola persona que le ayudara, y la obra que se proponía realizar no podía llevarse á cabo por uno solo.

Entonces abrazó Las Casas la vida monástica. Permaneció durante ocho años en el convento de padres dominicos en la Española, en cuyo tiempo hizo una vida de completa reclusión. Después se consagró á la tarea de misionero. Fué en misión al Perú, acompañado por dos de sus hermanos. Regresaron á Méjico, é instruyeron á los indios en la fe cristiana. Mientras estaba Las Casas en Nicaragua, organizó una formidable oposición al Gobernador, á quien impidió emprender una de esas expediciones al interior que siempre eran tan perjudiciales á los indígenas. Tenían lugar en esas ocasiones las mayores y más desenfundadas atrocidades. Se ha sabido que una vez, en que 4,000 indios acompañaban á una expedición para llevar

cargas, solamente seis de ellos regresaron vivos. El mismo Las Casas describe la manera usada para separar la cadena de un indio cuando éste estaba enfermo de cansancio y de hambre, é imposibilitado para continuar, lo cual se hacía cortándole la cabeza, y de ese modo se le segregaba de la cuadrilla en que viajaba. « Imaginaos, añade, lo que han debido sentir los demás. »

Por ese entonces resolvieron Las Casas y sus asociados marchar á Tuzulután con el propósito de cristianar á los indígenas. Ese distrito era un terror para los españoles. Llamábanlo, *el país de la guerra*. Allí habían sido rechazados tres veces por los habitantes. Pero los misioneros estaban inspirados con el valor de la fe, y resolvieron invadir el país, con peligro de sus vidas. La primera cosa que hicieron fué traducir en lengua *Quiché* y en verso, las grandes doctrinas de la Iglesia. Su segundo pensamiento fué cómo introducirían su poema hasta el conocimiento de los indios. Llamaron en su auxilio á cuatro negociantes indios que tenían la costumbre de ir á vender mercaderías varias veces al año á ese distrito. Esos cuatro hombres fueron enseñados á repetir correctamente los versos. Éstos fueron también puestos en música, que podía ser acompañada por instrumentos de los indios. También proveyó Las Casas á los negociantes con pequeñas mercaderías para agradar á los indígenas, tales como tijeras, navajas, espejos, y campañas.

Los negociantes fueron bien recibidos por el cacique. Por la noche, cuando los jefes estuvieron reunidos, pidieron los negociantes un instrumento de música, y principiaron á recitar los versos con acompañamiento. El efecto que se produjo fué grande. Por varios días seguidos, fueron repetidos los sermones en verso. Preguntó el cacique de dónde venían esos versos, y quiso saber cuál era el origen y el significado de esas cosas. Los negociantes dijeron que procedían de los *Padres*. « Y ¿quiénes son los *Padres*? Entonces se explicaron los negociantes, y el cacique mandó invitar á estos hombres extraordinarios para que fueron á su territorio. Ésta fué la manera como Las Casas

y sus compañeros obtuvieron acceso en el *País de la Guerra*.

Es innecesario proseguir sobre este asunto. El cacique abrazó la religión cristiana. Echó abajo y quemó sus ídolos. Predicó á sus súbditos, quienes siguieron su ejemplo. Las Casas y Pedro de Angulo construyeron una iglesia en Rabinal. Allí predicaban é instruían al pueblo, enseñando no solamente cosas espirituales sino también artes manuales, é instruyeron á sus rebaños en los procedimientos elementales de lavarse y vestirse. El ejemplo se extendió á Cobán, territorio vecino; y de este modo, todo éxito ganado por estos monjes valerosos, era un paso hacia continuados esfuerzos.

Las Casas regresó otra vez á España en 1539. Allí fué detenido á causa de sus conocimientos de los asuntos de Indias. Se puso á escribir su obra, titulada « La destrucción de las Indias », que ha sido muy leída. Le fué ofrecido el obispado del Cuzco (en Nuevo Toledo), pero lo rehusó. Se le volvió á ofrecer el obispado de Chiapa, en Nuevo Méjico, y sus superiores se lo impusieron como caso de conciencia. Por fin se sometió á la voluntad de sus superiores. Volvió á hacerse á la vela para el Nuevo Mundo, y se instaló en Ciudad Real, capital de la provincia. La dignidad episcopal no produjo cambio alguno en su manera de ser. Su traje era el de un monje, á veces roto y remendado. En su casa todo era de lo más sencillo. Negaba la absolución á aquellos que compraban y tenían esclavos, contra lo que prescribían las nuevas leyes. Tropezó con grandísimas dificultades en sus esfuerzos para echar abajo la esclavitud. Se atentó contra su vida. Era llamado, *el obispo demonio; el obispo anticristo*. No prestaba atención á ello, sino que seguía la senda que se había trazado, alegrándose cuando había conseguido destruir un mal. Finalmente regresó á España en 1547, renunciando su obispado.

Era Las Casas un hombre de indomable valor. Cruzó el océano entre Europa y América doce veces. Hizo viaje á Alemania cuatro veces para ver al Emperador. Llevó una vida llena de energía; y debió tener una vigorosa constitución, porque no murió hasta después de haber cumplido noventa y dos años.

Falleció en Madrid, tras de una corta enfermedad, en julio de 1566.

Lo que Las Casas deploró hace tres siglos, tenemos que deplorar nosotros ahora, que los misioneros sean precedidos ó seguidos por caballería, infantería y artillería, y que los paganos sean muertos antes de ser convertidos. En el fondo de este mal está el amor por la conquista. Desde 1800 hasta 1850 han sido consagradas por el pueblo británico en favor de las misiones cristianas más de 14.500,000 libras esterlinas, lo que es ciertamente un noble monumento de la fe, la energía y la consagración de las iglesias británicas. Pero durante el mismo tiempo hemos gastado en guerras y material de guerra más de 1,200.000,000 de libras esterlinas. Éste es un monumento más grande aún de nuestra creencia en la guerra y en los materiales bélicos.

Los misioneros penetraron por el sur de África, é hicieron camino hacia el norte en medio de innumerables dificultades. Vivieron entre los indígenas, y les sacrificaron sus mentes y corazones y almas, esforzándose en llevarlos á que creyesen en las amantes doctrinas del cristianismo. Hombres de educación, acostumbrados á las comodidades y al bienestar de la vida civilizada, soportaron las más duras privaciones, que eran tanto más duras cuanto que caían sobre sus mujeres é hijos. En una posición semejante no les podían inducir motivo alguno de lucro. Cuando el doctor Moffat cruzó el río Orange, en 1820, como misionero para las tribus Bechuana, tenía de sueldo diez y ocho libras y siete chelines para sí, y cinco libras y cinco chelines para su esposa y familia.

Cuando Moffat se fué para quedarse entre aquellas tribus, no conocía su idioma y no tenía persona alguna que se lo enseñase. Sin hacer caso de sus abominaciones, y sin temor á su ferocidad, vivió completamente con los indígenas. Paseaba, dormía, peregrinaba, cazaba, descansaba, comía, y bebía con ellos, hasta que hubo estudiado completamente su idioma, y entonces principió á predicar el Evangelio. Trabajó en medio de dificultades y aflicciones de todo género, siendo algunas

veces amenazado de muerte, y sin tener ninguna prueba manifiesta de éxito. Al fin creyeron en él y en las palabras consoladoras que enseñaba. Los salvajes que habían sido desaseados y andaban desnudos, se volvieron limpios y se vistieron. La laboriosidad ocupó el lugar de la holgazanería. Edificaron casas y cultivaron sus huertas. Las provisiones para el alimento del espíritu adelantaban al igual que las del cuerpo; edificaron escuelas para los chicos é iglesias para los mayores. Así avanzó rápidamente la tarea de educación y de religión.

Moffat fué seguido por Livingstone, su yerno, quien consagró su vida al mismo trabajo. Livingstone abrió el corazón del África, y recorrió los países de tribus salvajes donde nunca había puesto su planta ningún hombre blanco. Viajó miles de millas entre los animales salvajes y entre hombres más salvajes aún, y á veces era salvado de un peligro que tenía casi junto á sus dientes; pero no dudó nunca del éxito del Evangelio, aun entre los más abyectos. No vivió para ver el estallido de la guerra en el sur de África, y oír de los millares de hombres que fueron muertos por resistirse á la empresa de anexionar su país.

Los hombres y hasta los mismos salvajes, se juzgan mutuamente por sus hechos, no por sus palabras. Algunos que profesan ser cristianos, al igual de vendedores de moneda falsa, hacen que á menudo se desconfíe de la verdadera religión. «En la verdadera bondad del corazón, dice el doctor Guthrie, la dulzura de la índole, la abierta generosidad, las caridades comunes de la vida, nada pierden muchos simples hombres de mundo, al ser comparados con semejantes profesores; y ¿cómo podréis evitar que el mundo diga: ¡Ah! vuestro hombre religioso no es mejor que los otros; más aún, suelen ser peor que los demás? Con cuán terrible prominencia sobresale esto en la contestación que nunca debiera ser olvidada, dada por un jefe indio al misionero que insistía en que se hiciese cristiano. El salvaje pintarrajeado y lleno de plumas se irguió en la conciencia de su rectitud superior, y temblando en sus labios la indignación y chispeando su mirada, contestó: « ¡El cristiano

mientel ¡el cristiano engaña! ¡el cristiano roba, bebe, asesina! ¿los cristianos se han apoderado de mis tierras, y muerto á mi tribu? » Añadiendo al volverse con altivez: « ¡El demonio, cristiano! ¡No quiero ser cristiano! » Muchas reflexiones semejantes nos enseñan á ser cuidadosos en la manera de hacer una profesión de fe religiosa! Y habiendo hecho la profesión de la doctrina, cueste lo que costase, con la ayuda de Dios vivamos conforme á ella, y llevémosla á cabo. »

Volvamos la vista á otra parte del globo, las islas de la Polinesia, donde muchos misioneros han hecho su heroico trabajo. Tomad, por ejemplo, el caso de Juan Williams, conocido por *el mártir de Erromanga*. Su vida es una novela. No le ocurrió nada de particular en su mocedad. Fué colocado de aprendiz con un quinquillero, y del mostrador pasó al taller. Poseía el instinto mecánico, y ejecutaba trabajos que requerían una delicadeza y una habilidad especiales. En su juventud tuvo relación con compañeros irreligiosos, quienes amenazaban ejercer una influencia fatal sobre su carácter. Era incrédulo declarado y partidario de Tomás Payne. Pero prevalecieron las influencias mejores, y al fin ingresó Williams en la Sociedad de Mutuo Mejoramiento, y en seguida se hizo activo maestro de las escuelas dominicales.

Por entonces excitaban mucho interés los trabajos de los misioneros en los pueblos paganos, y después de madura reflexión ofreció sus servicios á la Sociedad Misionera de Londres. Fueron aceptados, y en 1810 dejó á su patrón antes de haber terminado su aprendizaje. No tenía más que veinte años de edad. Durante los cortos períodos que le era dado tener para sus estudios literarios y teológicos, se procuró tiempo para visitar las manufacturas y talleres, para adelantar en sus conocimientos de la mecánica, y de ese modo introducir las artes de la paz, lo mismo que la instrucción religiosa, en los pueblos en que tenía que ir á trabajar.

El capitán Cook descubrió un gran número de islas en el Océano Pacífico, habitadas por salvajes, algunos de los cuales eran relativamente inocentes, y otros horriblemente crueles

pero todos idólatras. Fueron escogidas estas islas por la Sociedad Misionera de Londres, á solicitud del doctor Haweis, el padre de los misioneros del Mar del Sur, como teatro de sus primeros trabajos. Por muchos años trabajaron los piadosos exploradores con muy poco éxito; pero con el transcurso del tiempo abrazaron gradualmente el cristianismo los indígenas, y en algunas islas fueron completamente abandonados los ritos de la idolatría.

Los misioneros pedían constantemente que se les enviaran algunos auxiliares más. Reconociendo esta necesidad, la Sociedad Misionera de Londres, mandó á Juan Williams, á pesar de sus estudios preliminares relativamente escasos. Pero era joven, ardiente y formal. Antes de emprender el viaje se casó Williams con la señorita María Chauner, quien probó serle un inapreciable colaborador en sus trabajos ulteriores. Á los seis meses de haber dejado su aprendizaje se embarcó para Sydney con otros jóvenes misioneros. De allí siguieron para Eimeo, una de las islas de la Sociedad. El señor Williams, además de ayudar á los misioneros, se dedicó á perfeccionarse en el idioma de Tahití. Durante este tiempo hizo la obra de hierro para un buquecillo que los misioneros construían para Pomaré, rey de Tahití.

Poco después fué pasado Mr. Williams á Huahine, y después á Raiatea. Esta última es la isla más grande y más central del grupo de la Sociedad. Aquí obtuvieron grandísimo éxito sus trabajos. Sin descuidar los propósitos primordiales de su misión, se esforzó en mejorar la condición moral y física del pueblo. Los indígenas eran degradadísimos é inveteradamente ociosos. El trato promiscuo era común. Cuando Williams consiguió alguna influencia sobre ellos, los indujo á adoptar el matrimonio legal.

Después les hizo comprender la necesidad de que construyesen viviendas para ellos. Él mismo se puso á edificar una casa cómoda de estilo inglés, como un modelo que debieran tomar los indígenas. Fué dividida en varias piezas, con pisos de tabla y paredes de armazón. También les enseñó la construcción de

botes; y, teniendo en cuenta el futuro comercio de la isla, los indujo á plantar tabaco y caña de azúcar, y á preparar ambos artículos para el mercado. Los rodillos que eran necesarios para la máquina azucarera, fueron torneados en un torno que hizo Williams con sus propias manos.

Habiendo conseguido así que los indígenas emprendieran trabajos industriales, quiso en seguida hallar mercado para sus productos. Quería extender su pacífica conquista por todas las demás islas del grupo. Creía que nada podría mejorar probablemente más la condición civil y religiosa de los isleños, que el establecer relaciones comerciales entre ellos. Para este fin se necesitaba un buque, pues los botes pequeños no podían responder á este fin.

Preocupado con esa idea, y ansioso de llevarla á cabo, fué á Sydney, en 1822, y compró una goleta de ocho toneladas llamada « El Empeño ». Sir Tomás Brisbane, gobernador de la Nueva Gales del Sur, le regaló varias vacas, terneras y ovejas, para su propagación en las islas. Al realizar esta empresa tomó Williams toda la responsabilidad sobre sí mismo. Se entendía que su asunto era predicar y no negociar; pero creía que cuando fuese tomada en consideración la importancia de la empresa, continuaría dándole su apoyo la Sociedad en Londres.

Regresó bien á Raiatea, y en 1823 se hizo á la vela para las islas de Harvey con el propósito de descubrir la isla Raratonga. Esta espléndida isla escapó á las infatigables investigaciones del capitán Cook. Conocía Williams su existencia tan sólo por las tradiciones y cuentos legendarios de los isleños. Después de una larga busca de la extraviada isla, regresó Williams á Raiatea. Al fin, después de un espacio de tiempo, volvió á salir, y navegar muchos días, azotado por vientos contrarios, y cuando casi se habían agotado sus provisiones, se le aproximó el capitán, y le dijo: « Tenemos que abandonar la empresa señor, ó pereceremos de hambre. » Fué mandado otra vez un indígena al tope del mástil, para que inspeccionase hacia su frente. Era la quinta vez que había subido. ¡Dió la voz de que Raratonga estaba á la vista!

« Cuando estábamos á media hora de abandonar el objeto de nuestro viaje, dice Williams, y habiendo sido disipadas por el calor del ascendente sol las nubes que envolvían sus doradas alturas, nos libró él de nuestra ansiedad al gritarnos: « ¡Aquí, aquí está la tierra que buscamos! » La transición de sentimientos fué tan instantánea y tan grande, que á pesar de haber pasado bastantes años no he olvidado las sensaciones que ocasionó ese anuncio. Las radiantes fisonomías, las expresiones alegres, y las vívidas congratulaciones de todos á bordo, ponían de manifiesto que participaban de las mismas emociones: ni tampoco dejamos de elevar nuestras voces en agradecido reconocimiento á *Aquel* que bondadosamente nos conducía por un buen sendero. <sup>1</sup> »

El misionero y sus compañeros (indígenas de las islas inmediatas) fueron bien recibidos al desembarcar. Los maestros expusieron en el acto el objeto de su misión, que era instruirlos en el conocimiento del Dios verdadero. El rey estaba dispuesto á ser instruído, y su pueblo con él. Después de haber permanecido por algún tiempo en la isla, dejó allí á uno de los maestros indígenas, y « El Empeño » regresó á Raiatea. Él estaba pronto para someter bajo su dirección á todas las islas de los Navegantes y otras más. Se hallaba listo para salir con otra expedición, cuando le llegaron noticias de Londres en que se le hacía saber que la Sociedad Misionera desaprobaba sus proceder, temerosa de que algo de carácter mundano se mezclase con su misión. Al mismo tiempo había obtenido los comerciantes de la Nueva Gales del Sur un mandato sobre disposiciones fiscales del gobernador, que daban por resultado impedir muchísimo el desarrollo del comercio de las islas del Mar del Sur. Así fué que Williams se vió obligado á deshacerse de « El Empeño ». Cargó el buque con los productos de más fácil venta que pudo reunir y lo mandó á Sydney, como de res para su venta y la del cargamento.

1. Narración de una empresa misionera en las Islas del Mar del Sur, por el Reverendo JUAN WILLIAMS. 1841.